

# ENTRE EL SILENCIO Y LA VERDAD

# ENTRE EL SILENCIO Y LA VERDAD

NAYARA VICOS CARBALLO

 @misteriosdetinta\_

 @misteriosdetinta\_

## AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos, que habéis estado a mi lado en cada paso de este viaje: vuestro apoyo incondicional, vuestras palabras de ánimo y vuestra infinita paciencia en los momentos de duda, han hecho posible que este sueño se convierta en realidad. Sin vuestro amor y fe en mí, nada de esto habría sido posible.

Cada muestra de apoyo, cada mensaje y cada gesto han hecho que este proceso fuera mucho menos solitario y, sobre todo, muy significativo. Este libro existe gracias a la energía que me habéis transmitido y a la confianza que habéis depositado en mí.

Es para cada uno de vosotros, por estar hasta el final y por ser una parte esencial de esta aventura.

Y a ti, lector intrépido, que te has atrevido a sumergirse en esta historia llena de sombras y secretos, gracias por compartir conmigo este misterio. Espero que hayas disfrutado cada página en el camino hacia la verdad, y que esta historia te haya atrapado tanto como a mí al escribirla. Que el misterio permanezca contigo... aunque solo sea un poco.

# Índice

Capítulo 1 .....	Pág. 5-10	Capítulo 2 .....	Pág. 11-16
Capítulo 3 .....	Pág. 17-23	Capítulo 4 .....	Pág. 24-31
Capítulo 5 .....	Pág. 32-41	Capítulo 6 .....	Pág. 42-51
Capítulo 7 .....	Pág. 52-61	Capítulo 8 .....	Pág. 62-71
Capítulo 9 .....	Pág. 72-82	Capítulo 10 .....	Pág. 83-93
Capítulo 11 .....	Pág. 94-104	Capítulo 12 .....	Pág. 105-118
Capítulo 13 .....	Pág. 119-133	Capítulo 14 .....	Pág. 134-148
Capítulo 15 .....	Pág. 149-160	Capítulo 16 .....	Pág. 161-175
Capítulo 17 .....	Pág. 176-189	Capítulo 18 .....	Pág. 190-208
Capítulo 19 .....	Pág. 209-225	Capítulo 20 .....	Pág. 226-242
Capítulo 21 .....	Pág. 243-258	Capítulo 22 .....	Pág. 259-274
Capítulo 23 .....	Pág. 275-287	Capítulo 24 .....	Pág. 288-305
Capítulo 25 .....	Pág. 306-312		

## ★ Capitulo 1 ★

La niebla se cernía sobre Monteclaro como un manto de silencio, ocultando secretos que habían permanecido enterrados durante casi dos décadas. Erea se detuvo al borde de la carretera, mirando el cartel desgastado que daba la bienvenida al pueblo. Su corazón latía con fuerza; regresar significaba enfrentarse a un pasado que había tratado de olvidar.

Las imágenes de su juventud inundaron su mente: el bullicio de los días soleados, las risas compartidas en el parque y la promesa de un futuro brillante. Pero, en medio de esos recuerdos, el dolor de la desaparición de su amiga era una herida abierta, un recordatorio constante de lo que habían perdido.

Silvia. El nombre que resonaba en su mente como un eco, recordándole la sonrisa de su amiga que se desvaneció una noche de fiesta, dejando un vacío que nunca pudo llenarse. Ana y Luis, los padres de Silvia, habían llamado a cada uno de los amigos de su hija para informarles que el caso se había reabierto. Erea había decidido volver, sintiendo una mezcla de ansiedad y el inevitable enfrentamiento a un capítulo que ya creía cerrado.

Al girar la esquina de la Calle Principal, la vista de su viejo instituto la llenó de nostalgia. El edificio, aunque desgastado por el tiempo, seguía teniendo el mismo aire de familiaridad que ella recordaba. Las risas de los estudiantes resonaban en su memoria, junto con los ecos de sus propios sueños adolescentes. Recordaba las tardes interminables que pasaban en los pasillos, llenas de promesas y planes, pero todo eso se desvaneció la noche en la que Silvia desapareció.

Cuando Erea llegó a la casa de Ana y Luis, la tensión en el aire era palpable. En el jardín, Nora, Rodri, Maika, Álvaro y Cosme ya estaban esperando. Sus miradas se cruzaron, cargadas de emociones reprimidas y recuerdos olvidados. No hubo abrazos ni sonrisas;

solo un silencio incómodo que reflejaba los años de distancia entre ellos. Cada uno estaba atrapado en su propio mundo, sumido en los pensamientos sobre lo que había pasado desde aquella trágica noche.

—¿Cómo habéis estado? —preguntó Erea intentando romper el hielo, pero su voz sonó más temblorosa de lo que había planeado. Se preguntaba si alguno de ellos realmente había estado bien desde entonces.

—Sobreviviendo —respondió Cosme, con su tono áspero. Había cambiado; su mirada mostraba la carga de los años y de lo que habían perdido. Era un hombre que había crecido, pero la tristeza aún habitaba en sus ojos.

Nora, con su pelo atado en un moño desordenado, miraba a sus hijos con un aire de preocupación. Saúl y Sara, que observaban con curiosidad, eran ajenos a la historia que había marcado la adolescencia de sus padres. Erea sintió una punzada de nostalgia al verlos; su inocencia le recordó lo que una vez fueron. Las risas y los juegos en el parque, la alegría de la juventud. Pero en ese momento, el aire era denso y pesado y sobre todo lleno de palabras no dichas.

La presencia de Rodri, ahora casado y padre, evocaba en Erea una sensación de calidez. Aunque habían pasado muchos años sin verse, siempre había admirado la relación que él tenía con Nora. Desde la adolescencia, habían sido inseparables, y verlos ahora, juntos y con hijos, le hacía sentir una extraña mezcla de nostalgia y orgullo.

Erea sonrió para sí misma. —Ellos sí lo lograron —pensó, con una leve envidia, pero sobre todo, con alegría por la felicidad que parecía rodearlos. Habían sobrevivido a todo, incluso al dolor de perder a su amiga, y eso era algo digno de admirar. Pese a la distancia que el tiempo había creado entre ellos, ver a Rodri y a Nora tan unidos le dio algo de esperanza.

En medio de la tensión, Erea sabía que su hija, Lina, se había quedado en el coche esperándola. La idea de que su pequeña estuviera nerviosa la inquietaba. Se sentía mal por no haberla traído con ella al encuentro, pero sabía que era un momento que necesitaba enfrentar sola. En ese momento, respiró profundamente, tratando de ahogar la incomodidad que crecía entre ellos. Las memorias de su juventud parecían atormentarlos, cada uno atrapado en sus propios pensamientos sobre lo que había sucedido. Ella misma no podía evitar pensar en las decisiones que habían tomado, en las palabras no dichas y en los secretos que todavía los unían.

—¡No puedo creer que ya tengáis hijos! —dijo Maika, rompiendo el silencio, mirando a Nora y a Rodri. Sus palabras se arrastraron entre la nostalgia y el asombro. —Parece que fue ayer cuando estábamos todos juntos en el instituto.

Nora sonrió, pero había un destello de tristeza en sus ojos. —El tiempo pasa rápido, ¿verdad? —replicó, con su voz temblando levemente. —A veces desearía poder volver a esos días, pero con todo lo que hemos vivido...

—Su voz se apagó—, dejando en el aire la sensación de lo que todos habían perdido.

El silencio se hizo más pesado, mientras cada uno de ellos luchaba con sus recuerdos y la inminente conversación que se avecinaba. Los murmullos del viento en los árboles parecían burlarse de ellos, recordándoles lo que habían perdido y lo que aún estaba por venir. Todos sabían que la reunión no era solo un reencuentro; era una confrontación con el pasado.

—Me alegra que estemos todos aquí —dijo Rodri, rompiendo el silencio, aunque su voz sonaba más un intento de calmar el ambiente que una verdadera alegría. Su mirada se desplazó entre las caras de sus viejos amigos, tratando de leer sus pensamientos.

—Es un momento extraño, ¿no? —añadió Maika, con una sonrisa nerviosa que no lograba ocultar la tristeza en sus ojos. —Nunca pensé que volveríamos a reunirnos bajo estas circunstancias.

—Nos han pasado tantas cosas estos años... —murmuró Álvaro, dejando que el peso de sus palabras se asentara en el aire. La nostalgia y la tristeza eran palpables, y todos se dieron cuenta de que habían cambiado, pero la conexión entre ellos seguía viva, aunque desgastada.

En ese momento, el inspector Andrés Castro llegó, con una expresión sería que cortaba el ambiente como un cuchillo. —Es hora de hablar sobre lo que realmente sucedió —anunció el inspector, mientras todos se reunían en la entrada. La verdad sobre Silvia estaba a punto de salir a la luz, y cada uno de ellos tenía un papel que desempeñar en la historia que llevaban cargando durante años.

Erea tragó saliva, sintiendo que la oportunidad de desenterrar los secretos que habían mantenido separados, estaban a su alcance, pero también podría ser el comienzo de nuevas heridas. El eco del pasado resonaba en cada rincón de Monteclaro, y ya no había vuelta atrás. Se preguntaba si finalmente podrían encontrar respuestas, o si las preguntas solo traerían más dolor.

Mientras el inspector comenzaba a hablar, Erea sintió que su estómago se encogía. Sabía que este era solo el comienzo de un camino largo y difícil, pero estaba decidida a enfrentar la verdad, por ella, por Silvia y por todos los amigos que habían compartido risas y lágrimas en este mismo lugar años atrás.

—Lo primero de todo, gracias a todos por venir —dijo el inspector, mirando a cada uno de ellos con seriedad. —Como sabéis, el caso de Silvia ha sido reabierto y es importante que seáis honestos sobre lo que recordáis. Cualquier detalle, por pequeño que sea, podría ser crucial.

La primera en romper el silencio fue Maika. —No sé si recordaré mucho, pero intentaré compartir lo que pueda —dijo, con su voz temblando un poco. —Aquella noche fue... confusa.

—Cualquiera de nosotros puede empezar —dijo Rodri, mirando a sus amigos. —No se trata de quién tiene mejor memoria, sino de recordar lo que sentíamos en ese momento, lo que vivimos.—

El inspector asintió, dándoles la libertad de hablar sin sentirse presionados, pero cada uno de ellos sentía el peso del pasado, las cicatrices que habían dejado las heridas. Erea observó a sus amigos, sintiendo que los años de silencio se desvanecían poco a poco. Con la voz del inspector como telón de fondo, los recuerdos comenzaron a brotar, uno a uno. Todos compartieron fragmentos de sus vivencias, sus historias entrelazadas como un hilo fino que los unía. Las palabras comenzaron a fluir entre ellos, y cada uno compartía trozos de la historia que les unía. Recuerdos de aquella fiesta que acabó con la última imagen de su amiga desapareciendo en la oscuridad. Durante dieciocho años, esa imagen quedó grabada en sus memorias, era como un eco constante de lo que habían perdido.

Algunas miradas se encontraron, y Erea pudo ver en los ojos de sus amigos el reflejo del dolor que habían llevado en silencio. Nadie se había atrevido a hablar de ello durante años, pero ahora, en ese momento, la verdad estaba empezando a salir a la luz.

—Recuerdo que estábamos todos juntos en casa de Erea —dijo Álvaro con su voz temblando ligeramente—. Era una noche normal, llena de risas, pero algo cambió. Silvia se fue, y nunca volvió.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago, resumiendo toda la angustia acumulada en años de recuerdos dolorosos.

Cosme se aclaró la garganta, intentando suavizar el momento. —¿Qué pasó realmente aquella noche? Siempre hubo más preguntas que respuestas —su mirada se centró en el inspector, esperando una respuesta que pudiera arrojar algo de luz sobre lo que había sucedido.

—Estamos aquí para encontrar respuestas —dijo el inspector, asintiendo con firmeza—. Y para ello, necesito que todos seáis sinceros. Este es un espacio seguro, y cualquier cosa que digáis se mantendrá en la confidencialidad de la investigación.

A medida que avanzaba la conversación, Erea sintió que la carga emocional comenzaba a levantarse. Hablar de lo que había pasado esa noche les daba poder, les permitía, de alguna manera, recuperar algo de lo que habían perdido. En su interior, sabía que el camino sería complicado, pero al menos, volvían a estar juntos.

## ★ Capitulo 2 ★

(20 de agosto de 2008)

El calor aplastaba Monteclaro bajo un cielo azul que parecía no tener fin y los pocos árboles que bordeaban las calles apenas ofrecían sombra.

Erea había estado esperando en el puente durante más de media hora, pero Silvia llegaba tarde, como siempre.

Ella vivía en su propio tiempo. Era de esas personas que parecían flotar sobre el mundo, como si no compartiera las mismas reglas que los demás. Y, sin embargo, todos se movían alrededor de ella, atraídos por una mezcla de magnetismo y misterio. Nadie se lo decía directamente, pero era algo que todos sentían: Silvia tenía algo especial, algo que no dejaba a nadie indiferente. Finalmente, el sonido de la bicicleta de Silvia rompió la tranquilidad del aire. Apareció pedaleando despreocupada, su melena rubia recogida en un moño mal hecho, con algunos mechones rebeldes que le caían sobre la cara. Su piel dorada por el sol brillaba con pequeñas gotas de sudor, y sus ojos, grandes y azules, parecían más profundos que nunca bajo las gafas de sol que había dejado caer hasta la punta de la nariz.

Silvia siempre había sido hermosa, pero no era de una belleza obvia, sino algo más sutil, casi intangible. Tenía una manera de moverse que hipnotizaba, una confianza natural que hacía que todos quisieran estar cerca de ella, aunque nadie supiera realmente lo que pasaba por su cabeza. Esa tarde, sin embargo, había algo en ella que inquietaba a Erea. Quizás era su sonrisa, esa que parecía quedarse a medio camino, como si tuviera algo más pesado escondido detrás.

—Lo siento, llego tarde, ¿no? —preguntó Silvia, riendo como si no fuera la primera vez.

—Lo habitual —respondió Erea con una sonrisa. Ya estaba acostumbrada.

Juntas caminaron hacia la piscina de Nora, el lugar de encuentro habitual del grupo. Siempre había sido su refugio, Rodri y Nora ya estaban allí, como de costumbre, en el agua mientras reían a carcajadas. Desde lejos, podía verse a Cosme y Álvaro en las tumbonas, conversando bajo la sombra. Maika estaba sentada al borde de la piscina, con las piernas sumergidas en el agua, mientras enviaba mensajes en su móvil, probablemente ignorando a todos. Silvia se quitó las sandalias y se lanzó al agua. Las gotas volaron en

todas las direcciones, provocando risas y protestas. Nadie podía evitar sonreír cuando ella estaba cerca, y aunque su risa llenaba el aire, había una tensión sutil en ella. Como si en el fondo, algo la inquietara.

A pesar de su carisma y la aparente despreocupación, Silvia siempre había sido un enigma para el grupo. Había algo en ella que los demás no lograban descifrar, un secreto que se escondía detrás de sus gestos. Aunque compartía momentos con ellos, aunque parecía estar completamente presente, había días en los que su mirada se perdía, ausente, como si estuviera en otro lugar. Erea lo había notado más ese verano. Silvia estaba más distante, aunque trataba de ocultarlo. Cosme, su exnovio, también lo percibía, pero lo manejaba de otra manera. Evitaba mirarla directamente, y cuando lo hacía, había un aire de incomodidad entre ambos. Silvia no parecía afectada por eso, pero su comportamiento con él era extraño, como si se guardara algo, algo que no estaba dispuesta a decir. La tarde avanzó entre risas y conversaciones. El grupo se mantenía unido por la costumbre, pero poco a poco, Erea podía notar que todos estaban tomando caminos diferentes. Álvaro y Maika intercambiaban miradas cargadas de algo más que amistad, mientras Nora y Rodri se sumergían en su propia burbuja, ajenos al resto. Cosme parecía siempre a medio camino entre quedarse y marcharse, con los pensamientos en otra parte.

Cuando el sol empezó a caer, decidieron quedarse en casa de Nora, como casi siempre. Subieron a la terraza y se sentaron en círculo, bebiendo y charlando sobre el futuro que se les venía encima. Pero todo cambió cuando la luz se fue desvaneciendo y las sombras de la noche empezaron a cubrirlos. Las conversaciones se tornaron y eran más profundas y más reales.

Rodri, siempre era el primero en hablar de lo que los demás evitaban, soltó una reflexión que hizo eco en todos:

—Este podría ser nuestro último verano juntos.

El silencio cayó por un segundo. Nadie lo discutió. Lo sabían. Después de ese verano, las cosas cambiarían, aunque aún no sabían hasta qué punto.

—No seas melodramático. —respondió Silvia, forzando una risa que no llegó a sus ojos.

—Nos queda tiempo.

Sin embargo, la manera en que lo dijo no convenció a Erea. Silvia miraba hacia el horizonte mientras jugaba con una de las cervezas vacías que había en el suelo. Había algo en su tono, algo en su expresión, que hacía que esas palabras parecieran más una despedida que una promesa. Fue en ese momento cuando Erea se dio cuenta de lo que había estado sintiendo durante semanas: Silvia estaba alejándose, pero no sabía hacia dónde.

Cuando Erea intentó hablarle, Silvia la esquivó, diciendo que estaba cansada. Fue un gesto pequeño, pero significativo. Cosme también lo notó, y aunque no dijo nada, Erea pudo ver en su expresión que lo comprendía. Algo estaba cambiando en Silvia, y aunque todos intentaran ignorarlo, la sensación de que las cosas ya no volverían a ser como antes comenzaba a hacerse más fuerte. Las conversaciones del grupo giraban entre bromas, recuerdos y planes vagos para el futuro.

Bebiendo pequeños sorbos de su cerveza ya tibia. Silvia, como siempre, dominaba el centro de atención. Estaba apoyada contra el borde de la barandilla, hablando de una fiesta que planeaban organizar para despedir el verano.

—Tío, tienes que venir esta vez —decía Silvia, apuntando con su botella vacía a Álvaro—. No te puedes escaquear como siempre.

Álvaro soltó una risa suave, inclinándose hacia atrás en la tumbona mientras se pasaba una mano por su pelo corto y rubio que resaltaba mucho bajo la luz del atardecer.

Erea lo observaba de reojo, tratando de leer su expresión. Siempre había sido difícil saber lo que pasaba por la cabeza de Álvaro; tenía esa calma impenetrable, como si todo a su alrededor fuera menos importante que lo que él estaba pensando en ese momento.

—No prometo nada, Silvia —respondió él, con su voz grave y tranquila—. Pero si voy, espero que sea algo memorable.

Maika, que estaba sentada a su lado, se revolvió ligeramente en su asiento. Aunque intentaba no parecerlo, se notaba que su incomodidad había crecido cada vez que Álvaro hablaba. Erea lo notaba, y estaba segura de que no era la única. Había algo no resuelto entre ellos, algo que flotaba en el aire como una nube cargada antes de la tormenta.

Rodri se acercó a la mesa central con una nueva ronda de cervezas. Su figura alta y corpulenta proyectaba una sombra larga sobre el grupo. Al dejar las botellas, pasó una

mano por la espalda de Nora, dándole un pequeño apretón en el hombro, un gesto que a Erea le parecía casi automático en él. Nora, como siempre, le sonrió antes de volver a sumergirse en la conversación.

—No empieces con tus promesas vacías, Álvaro. Si no vienes, vas a tener que invitar tú a la próxima ronda —dijo Rodri entre risas, sentándose al lado de Cosme, quien seguía algo apartado del grupo.

Cosme soltó un pequeño resoplido, alzando su botella hacia Rodri sin realmente mirarlo.

—Mejor que sea Álvaro quien pague... Últimamente, parece que los abogados ganan más que los mortales como nosotros, ¿no? —agregó con una sonrisa irónica.

El comentario provocó una risa general, pero Cosme rápidamente apartó la vista, volviendo a su silencio habitual. Erea lo observaba en silencio. Su seriedad era parte de su encanto, pero desde que él y Silvia habían terminado, había algo distinto en su comportamiento. No era solo tristeza. Era como si llevara dentro una especie de resentimiento hacia el mundo, un peso que ninguno de ellos terminaba de comprender del todo.

—¿Y tú, Cosme? —preguntó de repente Erea, queriendo romper la atmósfera tensa que siempre surgía cuando Silvia y Cosme estaban en la misma habitación—. ¿Tienes algún plan brillante para lo que queda del verano o vas a seguir desaparecido como siempre?

Cosme la miró por un momento, sus ojos oscuros reflejando algo indescifrable antes de que su boca esbozara una media sonrisa.

—No lo sé. Quizá este sea el último verano antes de que todos tomemos caminos diferentes —dijo, casi en un susurro, mientras miraba al cielo.

El grupo volvió a animarse con la mención de la fiesta. Rodri, siempre animado, propuso ideas para la música y Nora se encargó de hacer listas mentales de lo que necesitarían. Pero mientras ellos hablaban, Erea no podía dejar de notar cómo Silvia permanecía en silencio, mirando al suelo, ausente. Había algo en su expresión que la inquietaba, pero decidió no decir nada. Silvia siempre había sido así, con momentos de desconexión que nadie lograba entender del todo. Tal vez, pensó, sería solo otra de esas fases.

La noche comenzó a caer, y Rodri sugirió hacer una fogata en el jardín, algo que habían hecho incontables veces en años anteriores. Con risas y bromas, comenzaron a juntar madera y a preparar el fuego, pero mientras lo hacían, las dinámicas del grupo seguían

manifestándose. Erea observó cómo Nora y Rodri trabajaban juntos como un equipo perfectamente sincronizado, mientras que Cosme se mantenía cerca, pero en su propio mundo. Maika no dejaba de observar a Álvaro, y aunque él no lo mostraba abiertamente, había algo en la forma en la que sus ojos se posaban en ella, que indicaba que ambos compartían algo más profundo de lo que querían admitir.

Cuando el fuego comenzó y las llamas subieron, el ambiente se llenó de ese calor acogedor que siempre había caracterizado sus noches de verano. Cosme lanzó la primera broma, y pronto las risas llenaron el aire.

—¿Recordáis la primera vez que intentamos hacer esto? —dijo Nora, sonriendo al recordar—. Rodri casi incendia el bosque entero.

—No fue mi culpa, nadie me advirtió de que el combustible no era necesario... —se defendió, riendo—. Y además, ¡todo salió bien al final!

Las risas resonaron por toda la terraza, y durante un momento, todo parecía como siempre había sido. Erea se permitió relajarse, disfrutando de la compañía de sus amigos bajo las estrellas. Pero al mirar a Silvia, aún sentía esa extraña sensación de distancia.

—Oye, Silvia —dijo finalmente Erea, tratando de captar su atención—. ¿Estás bien?

—Claro, estoy perfectamente —respondió, con su tono suave, casi indiferente.

Sin embargo, Erea no pudo dejar de notar que algo no iba bien.

El fuego continuó ardiendo, pero la conversación se tornó más suave a medida que la noche avanzaba. Nora y Rodri hablaban en voz baja, mientras Cosme seguía contemplando el fuego, sumido en sus pensamientos. Álvaro y Maika se habían apartado un poco del grupo, conversando entre ellos, y aunque Erea intentaba ignorar lo que veía, no pudo evitar la sensación de que algo estaba ocurriendo entre ellos, que los demás aún no sabían.

El grupo se quedó en la terraza, disfrutando del calor de las brasas. Maika miraba distraída las últimas chispas del fuego, mientras Álvaro se estiraba, dando señales de que también pronto se retiraría. Cosme, por su parte, mantenía su mirada fija en el fuego, sumido en sus propios pensamientos, distante, pero presente.

Erea se dio cuenta de que, aunque estaban todos allí, había algo en el aire esa noche que los separaba más que nunca. No era solo Silvia la que se había distanciado. El verano

estaba llegando a su fin, y con él, quizás, una etapa de sus vidas. Pero eso aún no lo sabían con certeza. Por ahora, solo quedaba el sonido suave de las brasas apagándose y un silencio cargado de lo que no se decían.

Con un último suspiro, Rodri se levantó.

—Será mejor que vayamos recogiendo, chicos —dijo, mientras los demás asintieron lentamente, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Con una sonrisa ligera, se despidieron con la promesa de volver a verse pronto, aunque cada uno sabía que el verano estaba llegando a su fin, y con él, algo más. Algo que ninguno de ellos esperaba.

## ★ Capítulo 3 ★

La voz del inspector aún resonaba en la mente de Erea mientras conducía lentamente por las calles de Monteclaro. El sol se iba ocultando tras las colinas que rodeaban el pequeño pueblo, tiñendo el cielo de un suave color naranja. No había estado allí en dieciocho años, pero todo seguía siendo igual. Como si el tiempo se hubiera detenido, atrapado en una burbuja los recuerdos que ella intentaba enterrar desde hacía mucho tiempo.

Lina iba sentada a su lado, con la cabeza apoyada en la ventana, los auriculares cubriendo sus oídos, mientras la música la mantenía desconectada del mundo. Era su manera de escapar. Desde que llegaron a Monteclaro, Lina había estado más callada, más reservada. Era comprensible. Para una niña de 13 años, dejar su vida atrás, aunque fuera temporalmente, no era fácil. Sus amigos, el instituto, su rutina... todo había quedado en Madrid, mientras ella se adentraba en un lugar que solo conocía a través de los recuerdos de su madre. Un lugar lleno de historias que a veces parecían lejanas y oscuras.

Erea detuvo el coche frente a la casa donde había crecido. Las ventanas de la vieja casa, una vez brillantes y llenas de vida, ahora estaban oscurecidas por el polvo. Era como si la casa misma supiera que quienes la habitaban ya no estaban allí. Sus padres habían fallecido dejando atrás recuerdos y una sensación de vacío que aún no lograban llenar.

—Aquí es, Lina —dijo en voz baja, mientras apagaba el motor del coche.

Lina se quitó los auriculares y miró la casa con una mezcla de curiosidad y algo de incomodidad. La casa parecía sacada de otra época, una época que no era la suya.

Erea sonrió levemente. Para ella, cada rincón de aquella casa estaba impregnado de recuerdos: los veranos corriendo por el jardín, las noches en el salón con sus padres, las peleas, las reconciliaciones... Y ahora se enfrentaba a una sensación de pérdida que nunca antes había sentido. Siempre había sido su hogar, pero ya no lo sentía así desde el fallecimiento de sus padres.

Entraron juntas a la casa. El aire estaba pesado, con ese olor a polvo acumulado y madera vieja que siempre tienen las casas vacías. Mientras caminaba por el pasillo hacia la cocina, Erea sintió una punzada en el pecho. Recordó a su madre preparando el desayuno cada mañana, la luz cálida del sol entrando por la ventana... Y ahora, todo eso le parecía tan lejano.

—¿Vas a estar bien aquí, mamá? —preguntó Lina, notando el silencio de su madre mientras inspeccionaba el lugar.

—Sí... sí, estaré bien —respondió Erea, pero su voz no sonaba tan segura. Se obligó a sonreír—. Solo necesito acostumbrarme otra vez.

Lina asintió, aunque no parecía convencida. La verdad era que a ambas les costaba adaptarse. Pero Erea sabía que tenía que mantener la calma, sobre todo por Lina. Aun así, ella había vuelto por un motivo, aunque la razón detrás de su regreso seguía siendo una sombra inquietante que le rondaba desde la visita del inspector.

El timbre suena, y ambas se miran. Erea deja que Lina escoja su habitación, mientras se dirige hacia la entrada. Al abrir, se encuentra con Nora y Maika

—. ¿Podemos pasar?—, preguntó Nora, sin necesidad de una invitación formal. Maika asiente en silencio detrás de ella.

—Claro, pasad—, responde Erea, haciéndose a un lado para dejarlas entrar.

El ambiente es tenso, marcado por la conversación que habían tenido horas antes con el inspector Andrés Castro. Él había dejado claro que necesitaban recordar cualquier detalle, por pequeño que fuera, sobre los últimos días de Silvia antes de desaparecer. Pero, después de dieciocho años, sus recuerdos están empañados por el tiempo y el dolor.

Vuelve a sonar el timbre y Erea se vuelve a dirigir hacia la puerta, cuando la abre ve a Álvaro, Cosme y Rodri y los invita a pasar.

Cosme entra con las manos en los bolsillos, mirando alrededor como si la casa le trajera recuerdos que no puede evitar recordar. Todos se sientan en el sofá y un silencio incómodo llena toda la sala.

—Es extraño, ¿verdad?—, dice Rodri finalmente, rompiendo el incómodo silencio.  
—Estar de vuelta aquí... después de tanto tiempo.—

Maika asiente, sin querer profundizar demasiado en lo que realmente siente.

Ambos guardan silencio de nuevo, como si no supieran cómo abordar el tema que realmente pesa sobre ellos: Silvia, el reencuentro, los secretos que nunca salieron a la luz.

—¿Qué pensáis de todo esto?—, pregunta Cosme, con los ojos clavados en una foto que hay de los siete encima de la chimenea.

—Pienso que no estamos listos—, responde Erea, sincera. —Volver aquí, estar con todos otra vez... hay muchas cosas que no hemos hablado en todos estos años.—

—No sabemos nada los unos de los otros —dijo Álvaro, con tono reflexivo—. Rodri y Nora tienen dos hijos juntos, Erea es madre soltera y una gran psicóloga. Yo me he casado con una mujer maravillosa, Cosme se está divorciando y Maika se ha ido a vivir fuera de España.

— Todo lo que sabemos es por redes sociales, pero la realidad es que ya no nos conocemos y que ya no tenemos dieciocho años —dijo Nora, con un suspiro.

El silencio cayó sobre el grupo. Todos compartían ese mismo sentimiento, el de haber perdido algo valioso en medio del tiempo y la distancia.

Pero la situación se puso más tensa al recordar el motivo de su reunión, el oscuro pasado que compartían y que, de una u otra forma, les unía nuevamente.

Lina, que había permanecido en silencio y escondida en las escaleras, decidió que era hora de romper el hielo. Con un tono inocente, pero firme, preguntó:

—¿Quién es Silvia? ¿Y por qué todos estáis tan serios?

Todos la miraron, sorprendidos.

—Silvia era una amiga muy querida... —dijo Erea, pero las palabras se le atragantaron. ¿Cómo explicarle a su hija la complejidad de una historia que había marcado sus vidas?—. Desapareció hace muchos años, y... seguimos buscando respuestas sobre lo que le ocurrió.

Lina frunció el ceño, procesando la información.

—¿Y por eso estáis todos aquí? ¿Para hablar de ella? —preguntó.

—Sí, pero también para ver si podemos recordar cosas que nos ayuden —dijo Rodri, intentando suavizar la situación.

—¿Recuerdas algo que te gustaría compartir, mamá? —preguntó Lina, mirando a Erea con esos ojos llenos de esperanza.

—Recuerdo... —Erea empezó, pensando en sus propias memorias. —Recuerdo que Silvia tenía un espíritu libre. Siempre estaba lista para una aventura. A veces, nos metía en problemas, pero su risa iluminaba cualquier día gris.

Nora intervino, añadiendo su propia perspectiva:

—Era nuestra líder, siempre dispuesta a guiarnos, a hacer que los demás se sintieran bien. A veces era un poco impulsiva, pero nunca pensé que le pudiera pasar algo tan terrible.

Los demás sintieron la nostalgia llenando el ambiente.

—Al final, no importa lo que ocurrió —dijo Álvaro, rompiendo el silencio—. Lo que importa es que aún estamos aquí, dispuestos a descubrir la verdad.

Erea miró a sus amigos y vio en sus rostros el mismo dolor que sentía. Pero también vio determinación, un deseo de volver a estar juntos y encontrar respuestas.

—Sí, debemos hacerlo por ella —dijo Erea, sintiéndose un poco más fuerte. Era hora de enfrentar sus recuerdos y el dolor que habían compartido.

Mientras la conversación continuaba, Lina se sentó al borde del sofá, observando a su madre y a los amigos de su infancia. Era un momento de reencuentro, pero también de introspección. Tenía que entender cómo esa historia de la desaparición de una amiga de su madre había moldeado la vida de Erea y, por extensión, la suya propia.

Con el pasar de los días, todos se dieron cuenta de que este regreso no era solo un viaje al pasado, sino también una oportunidad para que reconstruyeran su futuro. Y mientras el grupo se preparaba para profundizar en la búsqueda de la verdad sobre Silvia, Erea entendió que no estaba sola. Tenía a Lina a su lado, y juntas enfrentarían lo que fuera que el destino les deparase.

En ese momento, mientras Erea organizaba algunas cosas en la casa, se oyó un golpe en la puerta. Cuando abrió, se encontró con un joven con una mirada confusa pero decidida.

—¿Está Maika aquí? —preguntó David, nervioso, mientras miraba alrededor como si estuviera en un lugar que no conocía.

Erea lo miró, sin reconocerlo.

—¿Quién eres? —preguntó con curiosidad.

David tragó saliva, sintiéndose un poco fuera de lugar.

—Soy David, el hijo de Maika. Vine a buscarla, pero creo que me confundí de casa.

Erea sintió una mezcla de sorpresa y confusión. No había oído nunca hablar de David, y le parecía mayor para ser hijo de Maika.

—La casa de Maika es la 258 —dijo Erea

David se sintió aliviado, pero también avergonzado por confundirse de casa. En su mente, había imaginado este reencuentro, pero nunca de esta manera.

—Gracias — dijo David.

David llevaba tres años estudiando fuera, emocionado por la idea de volver a ver a su madre, pero ahora estaba perdido, no sabía por qué ella había dejado su vida en Suiza para irse a su pueblo natal. Al llegar a la casa 258 y tocar el timbre, se preparó para un reencuentro que creía familiar.

Maika abrió la puerta, y el asombro en su rostro era innegable. No era el tipo de sorpresa cálida que él esperaba; era algo diferente, una mezcla de nerviosismo y desconcierto.

— ¿David? —preguntó, con la voz temblorosa y los ojos fijos en él, como si su regreso fuera algo inesperado y temido a la vez.

David asintió, intentando sonreír, pero había algo que lo hacía sentir fuera de lugar.

— He vuelto, mamá. Terminé el curso, y pensé que era hora de volver a tu lado —dijo, esperando alguna señal de alegría o alivio en ella, pero lo único que encontró fue una tensión palpable.

Maika tragó saliva, como si su mundo interior estuviera derrumbándose en ese mismo instante.

— No esperaba que volvieras tan pronto —respondió Maika, intentando forzar una sonrisa, pero sus ojos delataban el miedo que sentía.

David frunció el ceño, confundido por la reacción de su madre.

— Mamá, ¿qué pasa? —preguntó, percibiendo el nerviosismo en ella—. ¿Por qué estás así? Pensé que estarías feliz de verme.

Maika dio un paso atrás, como si no supiera qué responder. Había algo que ella nunca le había contado, y ahora que David estaba de vuelta, temía que todo saliese a la luz.

— Hay algo que... no sé cómo decírtelo —comenzó a decir, con la voz temblorosa—. Algo que nunca te he dicho, pero ahora que has vuelto... — Maika respiró hondo, con los ojos cargados de una mezcla de culpa y temor—. Todo puede cambiar.

## ★ Capítulo 4 ★

(27 de agosto de 2008)

El calor de los últimos días de agosto apretaba con más fuerza, el pueblo parecía estar en pausa, ahogado bajo el sol implacable, mientras las hojas de los árboles comenzaban a secarse lentamente, anunciando el inminente cambio de estación.

Nora estaba sentada en la terraza de su casa, mirando distraída el horizonte. Desde hacía unos días, el grupo no se había visto tanto como de costumbre. Sabía que ese silencio era extraño, sobre todo en los últimos días del verano, cuando normalmente solían estar juntos cada minuto. Pero esta vez era diferente.

Rodri llegó, como siempre, sin hacer mucho ruido, le dio un beso, colocó un par de cervezas en la mesa y se sentó a su lado, observando el mismo paisaje. Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Estaban cómodos en su silencio, pero ambos sentían que algo estaba cambiando.

—¿Sabes algo de Silvia? —preguntó Nora de repente, rompiendo el silencio.

Rodri suspiró, abriendo su cerveza.

—Nada. Está más rara que de costumbre. Hace unos días intenté hablar con ella, pero... no sé. No es la misma. Se ve ausente, como si estuviera aquí físicamente, pero su cabeza estuviese en otra parte.

Nora asintió. Ella también lo había notado. Silvia, siempre tan vibrante, había estado más esquiva, como una sombra de sí misma. Y aunque era fácil justificarlo como “simplemente Silvia siendo Silvia”, esta vez había algo distinto, algo más profundo.

—Tal vez deberíamos hacer algo —sugirió Nora—. Juntar a todos, como antes. No podemos dejar que el verano termine así. Algo está pasando, y no quiero que nos vayamos con esta sensación.

Rodri la miró, con esa expresión que siempre tenía cuando pensaba que Nora estaba a punto de complicarse la vida por los demás, pero al final asintió. Él también sentía el peso de la distancia que se estaba formando en el grupo.

—Podríamos hacer otra fogata, o una de esas cenas aquí en tu casa —dijo él—. Pero no sé si eso vaya a cambiar lo que está pasando.

Nora iba a responder, pero en ese momento, su teléfono vibró en la mesa. Lo cogió y leyó el mensaje que acababa de llegar. Era de...

**Erea:** *“Algo raro pasó con Silvia hoy. Nos vimos para tomar algo y estaba... diferente. Me ha preocupado.”*

Nora frunció el ceño, mostrándole el mensaje a Rodri.

—¿Ves? —dijo ella—. No soy solo yo. Todos lo están notando.

Rodri tomó un trago de su cerveza, como si intentara encontrar las palabras correctas. Finalmente, negó con la cabeza.

—No sé qué está pasando con ella, pero esto no me huele bien.

Más tarde, ese mismo día, el grupo se reunió nuevamente, esta vez en el parque, Silvia llegó tarde, como siempre, aparco su bicicleta a un lado mientras se sentaba junto a los demás. Parecía normal, incluso despreocupada.

Erea no podía dejar de mirarla, intentando leer más allá de su sonrisa. Había algo en su amiga que se le escapaba.

—¿Y qué vamos a hacer para despedir el verano? —preguntó Silvia, con su tono habitual. Pero esta vez, su voz sonó diferente, como si estuviera planeando algo más que una simple fiesta.

Álvaro, apoyado contra un árbol, soltó una risa suave.

—Lo de siempre. Beber, reírnos, y luego todos seguimos con nuestras vidas. Nada de lo que no hayamos hecho ya, ¿no?

—Quizás no para todos —respondió ella.

Nadie supo cómo reaccionar a esa frase. La conversación continuó, pero esa sensación de desconexión persistió. Era como si estuvieran todos ahí, pero ninguno estaba realmente presente.

Nora miraba a Silvia de reojo, tratando de descifrar lo que se escondía detrás de su comportamiento despreocupado. Había algo raro en la forma en que evitaba el contacto visual, como si supiera algo que los demás no. Los chistes y las bromas que flotaban en el aire no podían disipar la tensión, una tensión que todos sentían, pero nadie se atrevía a mencionar.

Finalmente, cuando la tarde comenzó a enfriarse, el grupo decidió dispersarse. Silvia fue la primera en levantarse, lanzando un “nos vemos luego” al aire mientras se alejaba con su bicicleta. Nora la siguió con la mirada hasta que desapareció entre las sombras de los árboles. Algo en su pecho le dijo que esa no era una simple despedida, y lo que Silvia había dicho antes seguía dándole vueltas en la cabeza.

Todos se acercaron a Nora con la misma expresión de preocupación

—¿Tú también lo sentiste, verdad? —preguntó Erea, cruzando los brazos con incomodidad.

Nora asintió.

—Sí. Hay algo que no nos está diciendo—.

—Tendríamos que haber hablado con ella antes de que se fuera. Algo no está bien —dijo Maika, mientras se sentaba junto a Nora.

Rodri, claramente frustrado, dijo:

—¿Y qué querías que hiciéramos? ¿Acusarla de estar rara? Sabemos cómo es. Si no quiere hablar, no lo hará. Y presionarla solo la alejaría más.

—Deberíamos intentar hablar con ella mañana, antes de que se marche de nuevo —sugirió Cosme—. No podemos seguir ignorando esto. Está claro que le ha pasado algo y ya no es solo nuestra imaginación.

Maika cruzó los brazos, intentando mantener la calma. Siempre había sido buena ocultando lo que sentía, pero esa tarde, mientras todos estaban distraídos, su mente seguía dando vueltas en otro asunto. Apenas hacía unas semanas que ella y Álvaro habían comenzado a verse en secreto, y la tensión de mantenerlo oculto al grupo empezaba a hacerle mella. Maika lanzaba miradas hacia él, buscando alguna señal, pero Álvaro se mantenía apartado, con su típica actitud despreocupada, fingiendo que no pasaba nada.

—Deberíamos haber hablado con Silvia antes de que todo esto se saliese de control —dijo Maika de repente.

Nora, que estaba revisando su teléfono por si había alguna novedad de Silvia, la miró de reojo, pero no dijo nada. Sabía que Maika tenía razón, aunque ya era tarde para lamentarse. Mientras tanto, Erea intentaba comunicarse con Silvia de nuevo, sin éxito.

—Voy a su casa —dijo Rodri finalmente, levantándose con una expresión decidida—. No podemos seguir aquí sin hacer nada. Si Silvia está bien, quiero saberlo de primera mano. Y si no está, al menos sabremos por dónde empezar a ayudarla.

Erea y Cosme asintieron rápidamente.

—Nosotros vamos contigo. No podemos seguir esperando aquí sentados.

Nora también asintió, pero se quedó callada, como si algo la retuviera. Maika, en cambio, permanecía inquieta, sus pensamientos divididos entre la preocupación por Silvia y el recuerdo de la noche anterior, cuando se había escapado con Álvaro a escondidas del resto del grupo. El recuerdo de sus besos, el calor de su piel bajo las estrellas... Todo parecía lejano ahora, casi irreal, pero esa tensión aún estaba allí, latiendo entre ellos dos como una corriente invisible.

Álvaro, que había estado en silencio hasta entonces, se acercó al grupo, manteniendo una distancia prudente, como siempre hacía cuando las cosas se complicaban. Maika lo miró de reojo, y sus ojos se encontraron por un breve instante. Un instante que solo ellos dos notaron, un destello cargado de todo lo que nadie más sabía.

Deberíamos ir todos —sugirió Álvaro—. No tiene sentido que vayamos por separado. Cuantos más seamos, mejor.

Nora lo miró, dudosa, pero Rodri asintió.

—Tiene razón. No podemos seguir dispersos. Vamos a su casa y hablamos con ella.

Mientras se ponían en marcha hacia la casa de Silvia, Maika se colocó al final del grupo, como intentando evitar la cercanía de Álvaro, pero él se las ingenió para quedarse justo detrás de ella. Nadie más lo notaba, pero ambos podían sentir esa tensión, ese pequeño secreto que compartían, los mantenía conectados de una manera que ninguno de los dos había planeado.

—¿Estás bien? —murmuró Álvaro, tan bajo que solo Maika pudo escucharlo.

Ella no respondió, solo le lanzó una mirada que decía más de lo que las palabras podrían expresar. Ahora no era el momento de dejarse llevar por lo que estaba ocurriendo entre

ellos. Pero aun así, el corazón de Maika latía más rápido cada vez que Álvaro estaba cerca.

Cuando llegaron frente a la casa, todo estaba en silencio. Las ventanas estaban cerradas y no había señales de vida en el interior. Rodri llamó varias veces a la puerta sin obtener respuesta.

—No está —dijo Erea, mirando alrededor, esperando que Silvia apareciera en cualquier momento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nora, sintiendo que el aire se volvía más denso a medida que la preocupación crecía.

—Vamos a buscarla, seguro está en el muelle, siempre va ahí cuando está mal —dijo Cosme finalmente, con una firmeza que no permitía discusión—. No podemos esperar más.

El grupo asintió en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos mientras se dirigían hacia el muelle.

A medida que se acercaban, la tensión en el aire se volvía más palpable. El sol comenzaba a bajar en el horizonte, y una ligera brisa agitaba las hojas de los árboles, pero el ambiente seguía cargado. Rodri iba delante con Cosme, ambos con pasos decididos, seguido de cerca por Erea y Nora, mientras que Maika y Álvaro caminaban un poco más atrás, intentando mantener la compostura.

—¿Escuchasteis eso? —preguntó Maika.

—¿Qué? —dijo Álvaro, frunciendo el ceño mientras trataba de concentrarse.

—Allí —indicó Maika, señalando hacia el extremo del muelle. En ese momento, todos se quedaron en silencio, prestando atención. El chapoteo continuó, un sonido melódico que parecía fluir con la brisa.

Con el corazón en la garganta, Maika comenzó a avanzar hacia el borde del muelle, sus compañeros la siguieron de cerca. Y allí, al final del embarcadero, asomándose entre las sombras del atardecer, estaba Silvia. Sentada en el borde, con los pies sumergidos en el agua.

—Silvia —dijo Erea, corriendo hacia ella.

Silvia levantó la vista, sorprendida, pero su sonrisa se amplió al ver a sus amigos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, con un tono despreocupado que contrastaba con la tensión que había estado en el aire.

—¡Te estábamos buscando! —exclamó Rodri, aliviado al verla bien—. Pensamos que estabas en problemas.

—No, no estoy en problemas —respondió ella, sacudiendo la cabeza—. Solo necesitaba un poco de tiempo para mí.

Los amigos se acercaron, y el alivio se apoderó de ellos al ver que Silvia estaba realmente bien. Maika sintió cómo su corazón se aligeraba, pero a la vez, una pequeña sombra de duda se formó en su mente. ¿Por qué Silvia se había alejado sin decir nada?

—¿Por qué no contestaste a nuestros mensajes? —preguntó Erea, casi reprochándole—. Estábamos preocupados.

—Lo sé, lo siento. Solo necesitaba pensar en algunas cosas. A veces, el ruido se vuelve demasiado fuerte —dijo Silvia, mirando hacia el lago—. No quería que eso afectara a nuestro verano.

Rodri se sentó a su lado, con un suspiro de alivio.

—Te echábamos de menos, Sil. No eres solo parte del grupo, eres parte de nosotros.

Silvia asintió.

—Lo entiendo. No volverá a pasar.

Mientras se sentaban en el muelle, compartiendo historias y risas, la conversación se tornó hacia la fiesta de despedida del verano, una tradición que habían mantenido durante años.

—Deberíamos hacer algo grande como siempre, antes de que empiecen las clases—sugirió Erea, con una chispa en los ojos—. Mis padres se marchan a Madrid el finde que viene y podemos hacer una fiesta en mi casa.

—¡Sí! ¡La última fiesta del verano siempre ha sido lo mejor! —exclamó Silvia, animándose—. Nos reunimos, nos divertimos, y luego todos seguimos con nuestras vidas.

—Claro, eso suena bien —respondió finalmente Rodri.

—Recordad, ¡es nuestra última oportunidad para hacer locuras antes de que todos nos volvamos adultos responsables! —exclamó Álvaro, riendo.

—¡Exacto! —respondió Cosme, sonriendo mientras se dejaba llevar por la nostalgia—. Siempre hemos hecho algo grande para despedir el verano. ¡No podemos dejar pasar esta oportunidad!

Mientras planeaban, una sensación de calidez y felicidad se apoderó de ellos. Era como si la angustia de los últimos días se disolviera en la alegría de recordar el pasado. Con cada propuesta, cada risa, iban creando un espacio seguro donde podían dejar a un lado sus inquietudes y disfrutar del presente.

Pero ninguno de ellos sabía que los días siguientes traería consigo un giro inesperado.

## ★ Capítulo 5 ★

Habían pasado ya varios días desde la llegada inesperada de David, y Maika aún no lograba asimilarlo del todo. La primera noche, tras las preguntas iniciales, había intentado mostrarse serena, pero cada encuentro con su hijo la ponía frente a recuerdos que prefería olvidar, y a una verdad que nunca había tenido el valor de contar. El pasado y el presente se entrelazaban en cada conversación y en cada silencio.

David parecía observarla de una manera nueva, quizá dándose cuenta de que aquella imagen de madre fuerte y siempre decidida ocultaba mucho más. Aunque ambos intentaban retomar la normalidad, era evidente que algo pasaba entre ellos, algo que ninguno terminaba de verbalizar.

David, sin embargo, se negaba a la distancia que percibía de su madre. Una tarde, mientras Maika ordenaba algunos documentos en la mesa del comedor, se sentó frente a ella y soltó la pregunta que lo había estado atormentando desde que llegó.

—Mamá, ¿por qué volviste a Monteclaro después de tantos años? ¿Realmente es solo por el caso de Silvia?

Maika alzó la vista, visiblemente incómoda. Sabía que su hijo estaba cada vez más cerca de descubrir la verdad, y le asustaba que la relación entre ellos cambiase para siempre. Respiró hondo y decidió responderle de la forma más honesta que podía en ese momento.

—David, no es solo el caso... —dijo, evitando su mirada—. Volver aquí me obligó a enfrentarme a muchas cosas que creía superadas, cosas de mi juventud, que me marcaron más de lo que he querido admitir.

David frunció el ceño, desconcertado.

—¿Cosas que nunca me contaste?